

sido conocido tal vez habría caído vivo en manos de sus enemigos. Pero llevaba una camiseta india de algodón sobre la armadura, que cubría las insignias de la orden militar de Santiago y otros distintivos de su clase (1).

Fue sin embargo reconocido después por uno de los soldados de Pizarro, que probablemente habría servido en otro tiempo bajo su bandera. Este soldado inmediatamente se le mostró al licenciado Carbajal, hermano de aquel á quien, como recordará el lector, Blasco Nuñez había dado muerte con tanta imprudencia en el palacio de Lima. El licenciado se había unido después á Pizarro, y con muchos parientes suyos había jurado vengarse del virey. Así inmediatamente se dirigió á él, le echó en cara el asesinato de su hermano, é iba á apearse para darle el golpe mortal con su propia mano, cuando llegó Pizarro, y afeándole este acto como degradante, mandó á un esclavo negro que iba con él que cortase al virey la cabeza; lo cual el negro ejecutó de un solo golpe de su sable, mientras el infeliz Blasco Nuñez, tal vez moribundo en aquel momento, levantaba los ojos al cielo y recibía el golpe fatal sin proferir una sola palabra (2). La cabeza fue luego clavada en una pica, y hubo algunos tan brutalmente crueles que le arrancaron los pelos de su barba blanca y los pusieron en sus gorras como espantosos trofeos de la victoria (3). Esta se había decidido por Pizarro: sin embargo la infantería del virey todavía se sostuvo valientemente teniendo á raya por algún tiempo con sus alabardas á la caballería enemiga, hasta que diezmada por el fuego de los arcabuces no pudo resistir mas el impetu de las cargas, y desordenadas sus columnas se dispersó completamente. La persecución no fue larga ni sangrienta, porque sobrevino la noche, y Pizarro haciendo tocar las trompetas reunió de nuevo á su gente.

Aunque la acción duró poco, cerca de una tercera parte de las tropas del virey había perecido en ella. La pérdida de Pizarro fue corta (4). Muchos de los vencidos se refugiaron en las iglesias de Quito; pero fueron arrancados de su asilo, algunos (probablemente los que habían servido antes con Pizarro) sentenciados á muerte y otros desterrados á Chile. La mayor parte fueron perdonados por el vencedor. Bernalcázar, que se restableció de sus heridas, obtuvo permiso para volver á su gobierno, con la condición

(1) «Vistióse este traje, dice Garcilasso de la Vega, para no tener mejor suerte que un soldado cualquiera y sufrir lo que cupiese á todos los demas.» (Com. Real, parte II, libro IV, cap. XXXIV.) Pizarro no cree que tuviese tan magnánima intención, y dice que tomó este disfraz para poder escapar mejor no siendo conocido. Debe confesarse que generalmente este es el motivo que induce á disfrazarse. «Blasco Nuñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venía vestido con una camiseta de indios, por no ser conocido, i no quiso Dios, porque pagase quantos males por su causa se havian hecho.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(2) Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV. — Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXV.

«Mandó á un negro que traía que le cortase la cabeza, i en todo esto no se conoció flaqueza en el visorrey, ni habló palabra, ni hizo mas movimiento que alzar los ojos al cielo, dando muestras de mucha cristiandad.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. I, cap. III.

(3) «Viendo algunos capitanes y personas arrancado y pelado algunas de sus blancas y leales barbas para traer por empresa; y Juan de la Torre las traxo después públicamente por la ciudad de los Reyes.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV.

(4) Como de costumbre los autores no están de acuerdo en el número de muertos y heridos que hubo en esta acción. Algunos hacen subir la pérdida del virey á doscientos hombres, y Gonzalo Pizarro dice que la suya fue de siete muertos y muy pocos heridos. ¡Pero cuán raro es que los que han tomado parte en una acción den fiel cuenta de sus pérdidas!

de no hacer otra vez armas contra Pizarro. A sus tropas se les invitó á entrar al servicio del vencedor, el cual sin embargo nunca les mostró la confianza que mostraba á sus antiguos partidarios. Manifestóse también muy enojado por las injurias hechas al virey, cuyos destrozados restos mandó fuesen sepultados en la catedral de Quito con todos los honores debidos á su categoría, y él mismo presidió el duelo vestido de luto. Como se ve era costumbre de los Pizarros asistir de esta manera á los funerales de sus víctimas (5).

Tal fue el triste fin de Blasco Nuñez Vela, primer virey del Perú. No hacía aun dos años que había desembarcado en el Perú; dos años de continuos desastres y desdichas. Estas pueden imputarse parte á las circunstancias y parte á su carácter. Comisionado para la ejecución de una ley opresora y odiosa, carencia de facultades discretionales para ello (6): sin embargo, todos tienen derecho hasta cierto punto de usar de tales facultades cuando ven palpablemente lo absurdo que sería ejecutar una comisión que por las circunstancias en que se encuentra el país ha de producir resultados contrarios al objeto que se desea. Pero se necesita sagacidad para determinar si existen ó no estas circunstancias y cierto valor moral para tomar sobre sí la responsabilidad de obrar con arreglo á ellas. En semejante crisis es donde se dan á conocer los caracteres. Atreverse á desobedecer, y esto convenciéndose de que el desobedecer es obligación, es para una alma pequeña una paradoja casi incomprendible. Desgraciadamente Blasco Nuñez era un pedante orgulloso, hombre de miras estrechas que jamás podía creerse autorizado para separarse de la letra de la ley. Evanecido además con su breve autoridad, consideró la oposición á las ordenanzas como traición á su persona, y así identificándose con su comisión, sus sentimientos personales tuvieron tanta parte en su conducta como los sentimientos patrióticos.

Ni su carácter era tal que pudiera mitigar el odio contra sus medidas y reconciliar al pueblo con la ejecución de ellas; antes bien presentaba un manifiesto contraste con el de su rival. Pizarro era de maneras francas y caballerosas, y su generosa confianza en sus partidarios le hacía popular entre ellos, cegando su juicio y dando á la peor causa las apariencias de la mejor. Blasco Nuñez, por el contrario, irritable y desconfiado se colocaba en una falsa posición con todos aquellos que se le acercaban, porque su carácter creaba una atmósfera de desconfianza á su alrededor que mataba toda especie de afectos. Su primer paso fue enagenarse la voluntad de los individuos de la audiencia, enviados para obrar de acuerdo con él;

(5) Para obtener pormenores sobre la batalla de Añaquito, de que la mayor parte de los autores dan muy breve cuenta, véanse: Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS. — Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXX. — Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. I, cap. I — III. — Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. V, cap. XXXV. — Montesinos, Anales, MS., año de 1546. — Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXXIII—XXXV. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIII—LIV.

Gonzalo Pizarro parece considerar la batalla como una especie de juicio de Dios, en que el cielo señaló con la victoria de qué parte estaba la razón. Sus observaciones son edificantes. «Por donde parecerá claramente que nuestro Señor fue servido que este se viniese á meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, i que pagase quantos males fecho en la tierra, la qual quedó tan sosegada i tan en paz i servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del marques mi hermano.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

(6) Las reflexiones de Garcilasso sobre este punto son bastante imparciales. «Así acabó este buen caballero, por querer porfiar tanto en la ejecución de lo que ni á su rey ni á aquel reino convenia, donde se causaron tantas muertes y daños de españoles y de indios: aunque no tuvo tanta culpa como se le atribuye, porque llevó preciso mandato de lo que hizo.» Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXXIV.

si bien ellos tuvieron también su parte de culpa, pues eran tan laxos como el virey severo en la interpretación de la ley (1). Después se enajenó la voluntad del pueblo, ultrajando á los que iba á gobernar. Últimamente disgustó á sus amigos y á muchos les convirtió en enemigos; de modo que en la última lucha en que peleó por su poder y por su existencia se vió obligado á buscar el apoyo de un extraño. Sin embargo, en el catálogo de sus cualidades, no debemos pasar en silencio sus virtudes. Dos tenía que no pueden negarsele: una lealtad tanto mas brillante cuanto mas general era la deserción en derredor suyo, y una constancia en la desgracia bastante para granjearle el respeto hasta de sus enemigos. Pero concediendo todo cuanto puede concederse á su mérito, es casi indudable que no podía haberse encontrado en Castilla una persona mas incompetente para el cargo que se le confirió (2).

La noticia de la victoria de Añaquito fue recibida con júbilo general en la capital inmediata; todas las ciudades del Perú la consideraron como el golpe de gracia para las aborrecidas ordenanzas, y el nombre de Gonzalo Pizarro resonó de un extremo á otro del país como el de un libertador. Este permaneció en Quito durante la estación de las lluvias, dividiendo su tiempo entre los placeres licenciosos del inquieto aventurero y el cuidado de los muchos negocios que tenía que despachar como gobernador de un estado. Su administración se manchó con muchos menos actos de violencia de los que debían esperarse, atendidas las circunstancias de su situación. Mientras estuvo ausente Carbajal, su consejero, en quien por desgracia puso ilimitada confianza, Gonzalo no sancionó sentencia alguna de muerte sino precediendo siempre las formas legales (3). Recompensó á sus partidarios con nuevas concesiones de tierra, y envió á otros á expediciones, no muy distantes, sin embargo, para poder hacerlos volver cuando conviniera. Dictó varias disposiciones para el bienestar de los indios, algunas de ellas especialmente dirigidas á instruirlos en el cristianismo. Tuvo gran cuidado en la fiel recaudación de los derechos reales, instando á los colonos para que los pagasen, á fin de atraerse la buena voluntad de la corona y obtener la revocación de las ordenanzas. Su administración, en suma, fue tan bien dirigida, que hasta el austero Gasca, su sucesor, hubo de confesar «que fue un buen gobierno para ser de un tirano (4).»

(1) Blasco Nuñez caracterizaba á los cuatro jueces de la audiencia de una manera mas concisa que lisonjera. «Decía muchas veces Blasco Nuñez que le havian dado el emperador y su consejo de las Indias vn moço, vn loco, vn necio, vn tonto por oidores, que así lo havian hecho como ellos eran. Moço era Cepeda i llamaba loco á Juan Alvarez i necio á Tejada, que no sabia latin.» Gomara, Hist. de las Indias, capítulo CLXXI.

(2) Los hechos relativos á Blasco Nuñez Vela se apoyan principalmente en la autoridad de escritores de su partido, algunos de los cuales escribieron después de su vuelta á Castilla. Por consiguiente era natural que se inclinasen mas al lado del verdadero representante de la corona que en favor de un rebelde. En efecto, la única voz que se levanta decididamente en favor de Pizarro es la suya propia, autoridad bastante sospechosa. Pero con todo este prestigio á su favor, la administración de Blasco Nuñez, según el testimonio universal, fue una serie no interrumpida de desciertos, y hay poco que nos interese en la historia de ese hombre, si se exceptúan su desventura sin igual y la firmeza con que la sobrellevó.

(3) «Nunca Pizarro en ausencia de Francisco Carvajal, su maestro de campo, mató ni consintió matar español sin que todos los mas de su consejo lo aprobasen, i entonces con proceso en forma de derecho, i confesados primero.» Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXII.

(4) Ibid., ubi supra. — Fernandez hace una pintura menos favorable de la administración de Gonzalo. (Hist. del Perú, parte I, lib. I, cap. LIV; lib. II, cap. XXIII.) Fernan-

Al fin, en julio de 1546, el nuevo gobernador se despidió de su ciudad de Quito, y dejando en ella suficiente guarnición á las órdenes del oficial Puelles, emprendió su marcha hacia el Sur. Fue esta marcha triunfal, siendo recibido en todas partes con entusiasmo por el pueblo. En Trujillo los vecinos salieron en corporación á darle la bienvenida, y el clero cantó antifonas en su honor, llamándole «victorioso príncipe,» y rogando al Omnipotente «conservase sus días y le hiciese dichoso y bienaventurado (5).» En Lima se hizo una proposición para derribar algunos edificios y abrir para su entrada una nueva calle que llevase después su nombre. Pero Pizarro con mucha política se negó á admitir este tributo de lisonja, y prefirió modestamente entrar por la vía acostumbrada. Organizóse luego una procesion de vecinos, soldados y clero, y Pizarro hizo su entrada en la capital, llevando las riendas de su caballo dos capitanes á pie, y cabalgando á su lado el arzobispo de Lima y los obispos del Cuzco, Quito y Bogotá, el último de los cuales había ido á la capital para consagrarse. Las calles estaban llenas de ramaje, las casas colgadas de vistosos tapices, y en la carrera se erigieron varios arcos triunfales en honra del vencedor. Todos los balcones, ventanas y azoteas estaban cubiertos de espectadores que le saludaban con estrepitosos vivas y aclamaciones, dándole los títulos de «libertador y protector del pueblo.» Echáronse las campanas á vuelo, como en su primera entrada en la capital, y entre el sonido de una alegre música, el ruido de las campanas y los vivas populares se dirigió Gonzalo al palacio de su hermano. El Perú había vuelto á manos de la familia de los Pizarros (6).

De los diversos puntos del país llegaron después diputados para presentar al gobernador las felicitaciones de sus respectivas ciudades; y cada uno se apresuró á hacer valer sus derechos por los servicios que había prestado á la revolución. Al mismo tiempo recibió Pizarro la grata noticia del triunfo de sus armas en el Sur. Diego Centeno, como ya hemos dicho, había levantado allí el estandarte de la rebelión, ó por mejor decir el de la lealtad á su soberano; había-se apoderado de La Plata y hecho cundir el espíritu de insurrección por toda la vasta provincia de Charcas. Carbajal, que fue enviado contra él desde Quito, pasó por Lima, llegó al Cuzco, y tomando allí algunos refuerzos se dirigió rápidamente al distrito sublevado. Centeno, no atreviéndose á combatir en campo abierto con tan formidable adalid, se retiró con sus tropas á la espesura de la sierra. Carbajal le persiguió con la obstinación de un perro de presa por montes y desiertos, por bosques y barrancos peligrosos, sin dejarle respirar ni de día ni de noche. Este veterano de ochenta años de edad, comiendo; bebiendo y durmiendo sobre el caballo, vió á sus soldados cansarse unos tras otros mientras él seguía la pista del enemigo como el salvaje cazador de Bürger, como si estuviese dotado de un cuerpo sobrenatural incapaz de fatiga. Durante esta terrible persecución, que continuó por mas de doscientas leguas en un país salvaje, Centeno se vió abandonado de la mayor parte de sus parciales. Los que caían en manos de Carbajal eran condenados inmediatamente á muerte, porque este inexorable jefe no tenía compasión para

dez, escribió á instancias de la corte: Gomara, aunque se hallaba en la corte, escribió por entretenerse: así la alabanza de Gomara es menos sospechosa que la censura de Fernandez.

(5) «Victorioso príncipe, hágate Dios dichoso i bienaventurado, él te mantenga i te conserve.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. II, cap. IX.

(6) Para los pormenores de esta entrada véanse: Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. II, cap. IX. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. V. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Los que habian hecho traicion á su partido (1). Al fin, Centeno con un puñado de los suyos llegó á las orillas del Pacifico; y allí, dispersándose todos, trataron de ponerse en salvo cada cual por su camino. El gefe se refugió en una cueva de la montaña, adonde secretamente le llevaba el alimento un curaca indio, hasta que llegó la época de que volviese á desplegar el estandarte de la insurreccion (2).

Carbajal, despues de algunos otros movimientos decisivos que consolidaron el dominio de Pizarro en el Sur, volvió en triunfo á La Plata. Allí se ocupó en laborear las ricas minas del Potosí, de las cuales una vena, recientemente abierta, prometia dar productos todavía mas ricos que los que hasta entonces se habian alcanzado en Méjico y en el Perú (3); y pronto se halló en estado de enviar grandes remesas á Lima, deduciendo un premio no escaso de comision, porque la codicia de Carbajal corria parejas con su crueldad.

Nadie disputaba ya á Gonzalo Pizarro la posesion del Perú. Desde Quito hasta las fronteras septentrionales de Chile todo el pais reconocia su autoridad. Su escuadra recorria triunfante las aguas del Pacifico y sostenia su dominacion en todas las ciudades y aldeas de la costa. Su almirante Hinojosa, oficial valiente y entendido, le habia asegurado la posesion de Panamá, y atravesando el istmo obtuvo despues que se reconociese su poder en Nombre de Dios, llave principal de las comunicaciones con Europa. Sus fuerzas estaban bajo un pie escelente, contándose entre ellas la flor de los guerreros que habian peleado á las órdenes de su hermano y que se apresuraron á adherirse á la bandera de un Pizarro; y el torrente de riqueza que desprendian las minas del Potosí le proporcionaba tantos recursos como pudiera tener un monarca de Europa.

El nuevo gobernador comenzó entonces á desplegar una ostentacion correspondiente á su magnífica fortuna. Rodeábale una guardia de ochenta soldados; comia siempre en público, y no bajaban comunmente de ciento los convidados que se sentaban á su mesa. Dicese tambien que llegó á establecer una etiqueta régia, dando su mano á besar, y no permitiendo que nadie, cualquiera que fuese su categoria, se sentara en su presencia (4). Esto, sin embargo, lo niegan otros. No seria extraño que un hombre vano como Pizarro, de superficial é indisciplinada inteligencia,

(1) «Poblando los árboles con sus cuerpos,» dice Fernandez aludiendo al modo que este feroz capitán tenia de ahorcar á sus prisioneros colgándoles de las ramas.

(2) Para la expedicion de Carbajal véanse: Herrera, Historia general, dec. VIII, lib. I, cap. IX y sig. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. I. — Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XXVIII—XXIX—XXXVI—XXXIX. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. I y sig. — Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia, MS.

Es imposible dar en una página ó dos idea exacta de las fatigas extraordinarias que sufrió Carbajal y de los grandes peligros á que se espuso, no solo de parte del enemigo, sino de parte de su misma gente, de cuyas fuerzas abusó en la persecucion. Unas y otros rivalizan con los del célebre Scanderberg y con los del coronel Boone, el héroe de Kentucky, y aun fueron mas admirables que estos, porque el capitán español habia llegado á una edad en que generalmente nuestras facultades pierden su energia y buscan el reposo. Pero el cuerpo del veterano parecia tan insensible como su alma.

(3) El filon nuevamente descubierto en el Potosí era tan rico, que casi quedaron desiertas las otras minas para laborear esta. (Zárate, Conq. del Perú, lib. IV, cap. IV.) Dice Garcilasso, como muestra del efecto que hizo en el pais esta repentina riqueza, que en aquella época una herradura de hierro llegó á valer casi su peso en plata. Com. Real, parte I, lib. VIII, cap. XXIV.

(4) «Traia guarda de ochenta alabarderos i otros de caballo que le acompañaban; i ia en su presencia ninguno se sentaba, i á mui pocos quitaba la gorra.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VI, cap. V.

al verse elevado desde una humilde condicion al mas alto puesto del pais, se embriagase algun tanto con la posesion del poder y tratase con altanería á los que antes habia tratado con respeto. Pero uno de los que le vieron frecuentemente en la época de su prosperidad nos asegura que no era así, y que continuó mostrando la misma franqueza y marcialidad que antes de su elevacion, departiendo en términos familiares con sus compañeros y desplegando las mismas cualidades que le habian granjeado el afecto del pueblo (5).

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que no faltó quien le aconsejase que se separase de la obediencia debida á lo corona y constituyese para sí un gobierno independiente. Uno de los que este consejo le dieron fue Carbajal, cuyo atrevido espíritu jamas dejaba de seguir las cosas hasta sus últimas consecuencias. «En realidad, ya lo habeis hecho así, le dijo: habeis tomado las armas contra el virey; le habeis arrojado del pais, le habeis derrotado y muerto en una batalla: ¿cómo podeis esperar favor, ni aun misericordia de la corona? Habeis ido demasiado lejos para deteneros ó retroceder. Debeis continuar con osadía adelante y proclamaros rey: el pueblo y el ejército os apoyarán.» Y se dice que concluyó aconsejándole que se casase con la Coya, princesa india, representante de los Incas, para que así las dos razas pudieran vivir tranquilas bajo un cetro comun (6).

El consejo del atrevido guerrero era tal vez el mas político que podia darse á Pizarro en aquellas circunstancias; porque su posicion era muy semejante á la de un hombre que descuidadamente hubiese trepado hasta la mitad de un resbaladizo precipicio, hallándose demasiado lejos para bajar con seguridad, pero sin tener apoyo sólido en aquel sitio; el único recurso de este hombre seria seguir trepando hasta llegar á la cima. Pero Gonzalo Pizarro no se atrevió á declararse en abierta rebelion. No obstante la criminal carrera á que se habia dejado arrastrar últimamente, el sentimiento de lealtad que abrigaba su pecho estaba en él profundamente arraigado. Aunque habia tomado las armas contra las órdenes y los ministros de su soberano, no se sentia con fuerzas para levantar su espada contra el soberano mismo. Como Macbeth y otros muchos caracteres menos nobles, queria:

Ganar en su injusto juego;
Pero jugar lealmente.

Y por agradable que fuese para su vanidad la idea de un cetro, y por mas fácil que se lo pintase su imaginacion, no tuvo la audacia, y tal vez podemos decir la criminal ambicion, de estender la mano para cojerlo.

Aun en aquel momento, cuando le aconsejaban que adoptase esta resolucion desesperada, estaba prepa-

(5) Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. IV, cap. XLII. Garcilasso tuvo ocasiones de enterarse personalmente del modo de vivir de Gonzalo Pizarro, porque cuando niño era algunas veces, segun nos dice, admitido á su mesa. Esta cortesía, tan rara en los conquistadores, con un individuo de la raza india, produjo su efecto en el historiador de los Incas, el cual pinta á Gonzalo Pizarro con colores mas favorables que la mayor parte de sus compatriotas.

(6) Molina ha escrito una escena de muy buen efecto entre Carbajal y Pizarro en su comedia *Las Amazonas en las Indias*, donde se toma alguna licencia poética en el homenaje que tributa al modesto mérito de Gonzalo. El mismo Julio César no fue mas magnánimo que Pizarro, segun le pinta el poeta en estos versos:

«Sepa mi rey, sepa España,
Que muero por no ofenderla,
Tan fácil de conservarla,
Que pierdo por no agraviarla,
Cuanto infame en poseerla,
Una corona ofrecida.»

rando una mision para España con el objeto de justificar su conducta, solicitar una amnistía de lo pasado y la confirmacion de su autoridad, como sucesor de su hermano, en el gobierno del Perú. Pizarro no supo ver en el porvenir lo que vió el ojo sereno y profético de Carbajal.

Entre las noticias biográficas de los autores que han escrito sobre las colonias españolas, no debe omitirse ciertamente el nombre de Herrera, que es quien mas que otro alguno ha trabajado en este vasto campo. La relacion de los sucesos del Perú ocupa el lugar que le corresponde en su grande obra titulada *Historia general de las Indias*, segun el plan cronológico á que se halla arreglada. Pero como no sugiere reflexiones distintas de las que se deducen de las demas partes de la obra, me tomaré la libertad de remitir al lector al postscriptum del libro tercero de la *Conquista de Méjico*, donde hablo con estension de ella y de su entendido autor.

Otro de los cronistas á quien he citado frecuentemente en el curso de esta narracion, es Francisco Lopez de Gomara. Tambien encontrará el lector noticias relativas á este autor, en el postscriptum del libro quinto de la *Conquista de Méjico*. Pero como mis observaciones sobre sus escritos se limitan en esta obra á la *Crónica de Nueva España*, bueno será añadir aquí algunas reflexiones sobre su *Historia de las Indias*, trabajo mas importante y en que la historia del Perú ocupa una parte muy principal.

La *Historia de las Indias* tiene por objeto dar en una breve narracion el cuadro de todas las conquistas que habian hecho los españoles en las islas y en el continente americano hasta mediados del siglo XVI. Para esto Gomara, aunque no parece que haya estado en el Nuevo Mundo, se hallaba en situacion de adquirir los mejores informes. Estaba bien relacionado con los principales personajes de su tiempo, y de sus lábios recogió los pormenores para su historia, al paso que, viviendo en la corte podia saber la impresion que hacian los sucesos que iban ocurriendo en aquellos que eran mas competentes para formar juicio acerca de ellos. Así pudo introducir en su obra muchos detalles interesantes que no se encuentran en otros escritos de la misma época. Sus investigaciones no se limitaron meramente á los actos de los conquistadores, sino que se estendieron á los recursos generales de los paises que se proponia describir y especialmente á su aspecto físico y á sus producciones. El plan de su obra no menos que su diction muestran que habia cultivado las letras y era práctico en el arte de la composicion. En vez de la naturalidad, agradable pero pueril, de los antiguos cronistas militares, Gomara al hablar de los diversos sucesos emplea la crítica picante y aguda del hombre de mundo, y sus descripciones están hechas con aquella elocuente concision que forma notable contraste con los largos y pesados párrafos de los clérigos analistas. Estas dotes literarias, unidas á la creencia general y fundada de que el escritor poseia los mejores datos, han librado sus producciones del olvido en que comunmente caen las obras manuscritas y le proporcionaron en su tiempo la satisfaccion de ver mas de una edicion de ellas. Su obra sin embargo no lleva el mayor sello de autenticidad. El autor admite fácilmente en sus páginas relaciones que no están apoyadas en testimonios contemporáneos, y lo hace, no por credulidad, porque mas bien era incrédulo, sino porque al parecer le faltaba el verdadero espíritu de investigacion histórica. En su mismo tiempo se le tachó de descuidado en sus asertos (para usar de la frase mas templada); y Garcilasso nos dice que cuando algunos caballeros peruanos le exigieron rectificase algunos errores que en agravio de ellos habia cometido, el

historiador dió esplicaciones muy poco satisfactorias. Esta es una gran falta que hace que sus obras para el historiador moderno que busca la verdad desnuda sean de mucho menos valor que las de cualquier otro cronista mas humilde, pero tambien mas escrupuloso.

Otra autoridad he citado en esta historia y es la de Gonzalo Fernandez de Oviedo, de quien he hablado en otro lugar. El lector que quiera satisfacer mas ámpliamente su curiosidad me permitirá que me refiera á la noticia crítica de su vida y escritos que di en el postscriptum del libro cuarto de la *Conquista de Méjico*. Su historia del Perú forma parte de su grande obra titulada: *Natural é general historia de las Indias* y está comprendida en los libros XLVI y XLVII de su manuscrito, estendiéndose desde el desembarco de Pizarro en Tumbes hasta la vuelta de Almagro de Chile, y abrazando todo lo que propiamente puede llamarse conquista del pais. Su estilo, correspondiente al resto de la obra, no ofrece para la crítica observaciones diferentes de las que ya he hecho en otro lugar sobre el carácter general de sus escritos.

Este eminente personaje fue á la vez erudito y cortesano. Vivió mucho tiempo en la corte donde estuvo relacionado con personas de la mayor distincion; pero tambien pasó gran parte de su vida en las colonias, y á los datos que habia adquirido de boca de los demas, pudo añadir el fruto de su experiencia personal. Su curiosidad infatigable se estendia á todos los ramos de las ciencias naturales, así como á la historia pública y privada de los colonos. Era á la vez su Plinio y su Tácito. Sus obras abundan en pinturas de caracteres delineados con desembarazo y animacion. Sus reflexiones son picantes, y á veces se remontan á un tono filosófico mas superior á las preocupaciones de su siglo; y el curso de su historia está agradablemente interrumpido por ininidad de anécdotas personales, que permiten examinar profunda, aunque rápidamente, el carácter de los individuos que pone en accion.

Con estas eminentes cualidades y con su respetable posicion social, es extraño que por tan largo tiempo hayan permanecido inéditos tantos escritos suyos, como son la gran *Historia de las Indias* y sus curiosas *Quincuagenas*. Esto debe atribuirse en parte al capricho de la fortuna, pues la historia mas de una vez estuvo en vísperas de publicarse, y aun se dice que preparada para entrar en prensa. Sin embargo, tiene graves defectos que pueden haber contribuido á que no se haya dado á luz. En su estilo cortado y episódico de composicion, parece mas bien una coleccion de notas para una grande historia, que la historia misma. Puede ser considerada como comentarios, y en este concepto sus páginas son muy estimables y á ellas han recurrido frecuentemente muchos escritores, que se han apropiado con poco escrupulo las palabras del antiguo cronista, sin el menor reconocimiento al autor.

Es lástima que Oviedo haya mostrado mas solicitud en referirnos lo que era nuevo, que en averiguar lo que de esto era verdad. Entre sus buenas cualidades apenas se encuentra la exactitud histórica. Y sin embargo, esto tiene su disculpa hasta cierto punto en el hecho, ya mencionado, de que sus escritos, mas bien que el carácter de composiciones acabadas, tienen el de notas sueltas, en las cuales tanto rumores como hechos, y aun los rumores mas contradictorios, están apuntados sin órden alguno, formando una masa heterogénea de materiales, que el discreto historiador puede aprovechar muy bien para levantar una fábrica simétrica sobre fundamentos mas fuertes y sólidos.

Otro autor digno de mencion particular es Pedro Cieza de Leon. Su *Crónica del Perú* podia llamarse

con mas propiedad literario, ó mejor, Geografía del Perú. En ella da una minuciosa descripción geográfica del país en tiempo de la conquista, de sus provincias y ciudades, tanto indias como españolas, de sus magnificas costas, de sus bosques, valles é interminables cadenas de montañas interiores, con muchos detalles interesantes sobre la poblacion existente en aquella época, sus trajes, usos, restos arquitectónicos y obras públicas. Al mismo tiempo, aunque esparcidas acá y allá, se encuentran en su obra noticias de la primitiva historia social y política del Perú. Es en suma una pintura animada del país en sus relaciones físicas y morales, segun se hallaba en tiempo de la conquista, y en ese período de transición en que quedó por primera vez sujeto á la influencia europea. La concepción de una obra en aquel siglo, y con arreglo á un plan tan filosófico, que nos recuerda el de Malte-Brun en nuestros días, *parva componere magnis*, demuestra por sí misma lo vasto del talento de su autor. Era esta tarea sumamente difícil cuando



Fuerte de Taun-Leuvu, Chile.

Su Crónica, ó á lo menos sus notas para ella, fueron compiladas en el tiempo que pudo robar á sus mas turbulentas ocupaciones, y al cabo de diez años de haberla emprendido, en 1550, completó la primera parte (que es todo lo que tenemos) cuando el autor llegaba á cumplir treinta y dos años. Esta primera parte apareció en Sevilla en 1553 y un año despues en Amberes; y una traduccion italiana impresa en Roma en 1555 demuestra la rápida celeridad de la obra. La edición de Amberes, que es una de las usadas por mí en esta historia, tiene la forma de 12.^o; está escelerentemente impresa y adornada con grabados en madera, en que el demonio (porque el autor tenía mucho de la credulidad de los antiguos) con su acostumbrado acompañamiento fantasmagórico se aparece frecuentemente en figura corporal. En el prólogo Cieza anuncia su propósito de continuar la obra publicando otras tres partes para describir la antigua historia del país en tiempo de los Incas, su conquista por los españoles, y las guerras civiles que siguieron. Inserta también con curiosa minuciosidad los epígrafes de

aun no había camino abierto á las investigaciones del anticuario, ni podía recurrirse á las noticias del viajero, ni á las medidas del explorador científico. Sin embargo, las distancias de un punto á otro están cuidadosamente señaladas por el ingenioso compilador, y el aspecto de las diferentes poblaciones y sus caracteres particulares descritos con suficiente precision, atendida la naturaleza de los obstáculos que tuvo que vencer. Además, la ejecución literaria de la obra es altamente recomendable, y su estilo á veces rico y pintoresco. El autor describe las grandes y magnificas escenas de las cordilleras con una sensibilidad que embelesa y que no se encuentra muchas veces en el desabrido topógrafo, y menos todavía en el tosco conquistador.

Cieza de Leon pasó al Nuevo-Mundo, segun él mismo nos dice, á la edad de trece años. Pero hasta el tiempo de Gasca no hallamos su nombre entre los actores de las animadas escenas de la guerra civil, en que acompañó al presidente contra Gonzalo Pizarro.

varios libros de su proyectada historia. Pero la primera parte, como ya he dicho, es la única que se completó; y el autor, habiendo vuelto á España, murió en este país en 1560 á la prematura edad de cuarenta y dos años, sin haber realizado parte alguna del magnífico plan que con tanta confianza se trazara. Muy sensible es esta falta, atendida el talento del autor y las ocasiones que tuvo de hacer observaciones personales. Pero hizo ya bastante para merecer nuestra gratitud. Con su animada descripción de la naturaleza y de sus escenas en toda su frescura, tales como se presentaban á sus ojos, nos ha dado el terreno para la pintura histórica; el paisaje, digámoslo así, en que los hombres de aquel tiempo pueden ser mas fielmente retratados. Habría sido imposible dar tan exactamente la antigua topografía del país en una época mas moderna, cuando lo antiguo ha desaparecido, y cuando el conquistador, derribando las barreras de la antigua civilización, ha borrado muchas de las señales que mostraban el aspecto físico del país como existía en tiempo de los Incas.

LIBRO V.

Arreglo del país.

CAPITULO PRIMERO.

Gran sensación en España.—Pedro de la Gasca.—Primera época de su vida.—Su misión al Perú.—Su política conducta.—Sus ofertas á Pizarro.—Gana la escuadra.

1545—1547.

MIENTRAS ocurría en el Perú la importante revolución referida en las anteriores páginas, solían llegar de cuando en cuando á la metrópoli rumores de lo que pasaba; pero la distancia era tanta y las comunicaciones tan escasas, que las noticias llegaban muchísimo tiempo despues de haber ocurrido los sucesos á que se referían. El gobierno supo con desaliento las turbulencias causadas por el código de Indias y la precipitada conducta del virey, y poco despues tuvo noticia de que este funcionario había sido destituido y espulsado de la capital, en tanto que todo el país á las órdenes de Gonzalo Pizarro se había sublevado contra él. Todas las clases se llenaron de consternación al saber tan alarmantes nuevas, y muchos que antes habían aprobado altamente las ordenanzas, condenaron á los ministros, que sin considerar el carácter inflamable de aquel pueblo, habían arrojado imprudentemente en medio de él una tea que amenazaba producir una explosión general en todas las colonias (1). Rebelión semejante no había ocurrido jamás en los dominios españoles. Fue comparada con la famosa guerra de las comunidades á principios del reinado de Carlos V; pero la insurrección peruana parecía aun mas formidable. Las turbulencias de Castilla, siendo á la vista de la corte, podían comprimirse fácilmente; pero era difícil hacer sentir el mismo poder en las remotas playas de las Indias. El principio de atracción que unía al Perú (país situado á orillas del remoto mar Pacífico) con la madre patria era tan débil, que esta colonia podía en cualquier tiempo y aun con menor impulso del que entonces recibía separarse de la órbita política de España. Parecía que la diadema imperial estaba á punto de perder la mas hermosa de sus joyas.

Tal era el estado de las cosas en el verano de 1545, hallándose Carlos ausente en Alemania, ocupado en sosegar las turbulencias religiosas del imperio. Hallábase el gobierno en manos de su hijo, que bajo el nombre de Felipe II, debía en breve empuñar el centro de la mayor parte de los dominios de su padre, y que entonces residía con la corte en Valladolid. Felipe reunió un consejo de prelados jurisconsultos y militares de grande esperiencia y reputación, á fin de deliberar sobre las medidas que debían adoptarse para restablecer el orden en las colonias. Todos convinieron en considerar la conducta de Pizarro como una audaz rebelión; y hubo pocos al principio que no opinaran por que se emplease toda la fuerza y energía del gobierno para vindicar el honor de la corona, sofocar la insurrección y castigar á sus autores (2).

(1) «Que aquello era contra una cédula que tenía del emperador que les daba el repartimiento de los indios de su vida, y del hijo mayor, y no teniendo hijos á sus mujeres, con mandarlos espresamente que se casasen, como lo habían ya hecho los mas de ellos; y que también era contra otra cédula real que ninguno podía ser despojado de sus indios sin ser primero oído en justicia y condenado.» Historia de don Pedro Gasca, obispo de Sigüenza, MS.

(2) MS. de Caravantes. — Historia de don Pedro Gasca, MS.

De este consejo era el gran duque de Alba, tan tristemente célebre despues en los Países Bajos. Es probable que opinase también por los medios coercitivos.

Pero por bueno que esto pareciese, un poco de reflexión mostró que no era fácil, si acaso era practicable. Se necesitaba para ello cruzar con tropas no solamente el Océano, sino todo el gran continente; y cómo efectuarlo cuando los principales puntos, las llaves de las comunicaciones con el país se hallaban en poder de los rebeldes, y la escuadra, dueña del Pacífico, vigilaba sus aguas dispuesta á impedir que ninguna fuerza enemiga se acercase á la costa? Aun en el caso de que pudieran desembarcar en el Perú tropas españolas, no estando estas acostumbradas al clima, ni conociendo el país, ¿qué probabilidades había de que pudieran vencer á los veteranos de Pizarro, habituados á la guerra de las Indias y muy afectos á la persona de su jefe? Pronto se propagaría á las nuevas tropas el espíritu de insurrección y el gobierno se quedaría sin ellas (3).



El príncipe don Felipe.

No quedaba, pues, otro recurso sino adoptar medidas de conciliación: que cediese el gobierno, por mas que quedara mortificado su orgullo; que se concediese amplia amnistía á los que se sometieran; y que se empleasen todos los argumentos persuasivos

(3) «Ventilóse la forma del remedio de tan grave caso en que hubo dos opiniones; la una de embiar un gran soldado con fuerza de gente á la demostración de este castigo; la otra que se llevase el negocio por prudentes y suaves medios, por la imposibilidad y falta de dinero para llevar gente, cavallos, armas, municiones y vestimentos, y para sustentarlos en tierra firme y pasarlos al Perú.» MS. de Caravantes.